

MI TÍO JAVI

Loretta Young

En la familia le decían el «nene», Javier me llevaba diez años y era el hermano menor de seis hombres. Ante mi nacimiento, dejó de ser el engraido de la casa. Tenía celos y cuando nadie estaba cerca, me pellizcaba para hacerme llorar. Con el tiempo comprendió y ayudó —como todos los demás— a cuidarme.

De adolescente, tuvo sus ataques de rebeldía; papá Nicolás lo perseguía por toda la casa, con correa en mano, para castigarlo. Él corría mientras esquivaba algunos azotes, alcanzaba su cama y se cubría con las frazadas gruesas para amortiguar el impacto del cinturón. Luego, lo escuchaba llorar bajito; yo me acercaba a escondidas y le hacía compañía debajo de las sabanas, llevaba caramelos y le decía que papá era un malo.

Como no podían pagarle la carrera que él quiso, y por capricho, comenzó a trabajar cargando cajas de gaseosa, era el ayudante del repartidor. Llegaba en la noche, iba a mi cuarto con dos paquetes de galletas y dos bebidas de lo que sea, ponía una película en el VHS y me acompañaba hasta que me quedaba dormida. Recuerdo que con su sueldo se compró un minicomponente; me ponía las canciones de Héctor Lavoe y cantábamos con el volumen que llegaba al cielo.

Yo quería a todos los hermanos de mi mamá, pero a él lo quería un poco más. No recuerdo haberle dicho tío alguna vez, para mí era Javi. Todos vivíamos en la misma casa, hasta que mi mamá discutió con papá Nicolás y decidió que era hora de independizarse. Nos mudamos a un departamento; por suerte, me permitía visitar la antigua casa de vez en cuando.

Un día, mamá no tenía con quién dejarme y llamó a Javi para que me cuidara. Jugamos tanto, que terminamos agotados; nos quedamos dormidos. Llegó mamá, se había olvidado las llaves, tocó incontables veces la puerta, gritó y, según me contó, solo se escuchaba la música con el fondo de *La chica de Chicago*. Tuvo que llamar a un cerrajero para sacar la chapa. Se enojó mucho y reprendió a Javi: «No

vuelvo a confiar en ti, ieres un irresponsable! Es la última vez que te dejo al cuidado de Conchito». Y así fue, mamá contrató a una nana para los fines de semana.

Desde entonces, ya no pasábamos tiempo juntos. No sabía el porqué, pero poco a poco se iba alejando de la familia, ya solo se reunía con nosotros en las fechas importantes, casi ni se lo encontraba en casa de los abuelos. Yo siempre preguntaba por él, al no hallarlo en su cuarto, me quedaba dormida de tanto esperar, aunque luego entendí... «Javi es todo un hombre hijita, ya no está en edad para jugar contigo».

Años después, en un almuerzo familiar, Javi llegó con una desconocida, una rubia de ojos verdes, tacones altísimos y sonrisa resplandeciente. La presentó como su enamorada. Aquella vez la chica en cuestión fue vapuleada por la crítica: «¿Viste el tinte barato que usa? Y no hay forma de que esos ojos sean verdaderos. ¡Pero si es una enana!» comentaba mi mamá, yo estaba de acuerdo. Sin embargo, se notaba que tenía a Javi comiendo de su mano y que él solo veía en ella a la argentina de sus sueños.

Papá Nicolás no la aceptó, estaba convencido de que la había visto en lugares donde no van las señoritas de su casa. «¿Qué hace una extranjera en un pueblito como este? No me gusta, no la vuelvas a traer». Grave error, si hubiera conocido mejor a su hijo, habría sabido que la prohibición solo lo motivaría más. Javi no daría su brazo a torcer, estaba seguro de que con el encanto de su chica iba a conquistar a su padre y a toda la familia. Otra equivocación, ni la argentina era encantadora, ni su padre era tonto.

A mis quince años volví a vivir a casa de los abuelos. Todos los días era testigo de discusiones, ya no había correazos,

sino insultos mutuos. Al final, terminaba por encerrarse en su habitación, dando un portazo tras de sí. Ya no podía llevarle caramelos para consolarlo, ya no me abría la puerta. Aunque a mí tampoco me gustaba la *gringa al pomo* con ojos de plástico, yo estaba del lado de Javi. ¿Cuáles eran los lugares donde no van señoritas? ¿Le tenían ojeriza por ser argentina? Papá Nicolás no me respondía: «Eres una niña, no preguntes».

Por aquel entonces Javi fue ascendido en su trabajo, ahora era proveedor. Como necesitaba alguien que cuidara el camión de gaseosas que tenía a su cargo, mientras anotaba los pedidos y cobraba en cada tienda, me propuso acompañarlo. Yo estaba de vacaciones y estaba feliz de compartir momentos con él otra vez. Fue como volver a ser pequeña, nos divertíamos mucho escuchando música durante el camino, cantando, contándonos secretos. Una de esas tardes de cielo color melón, mientras me reía de una broma que acababa de hacer, lo dijo: «¡Me voy a casar Conchito! Por eso tengo que ahorrar».

Padre e hijo se subestimaron el uno al otro. Contra todo pronóstico, Javi pidió la mano de la gaucha; entonces, papá Nicolás lo botó. «Si te vas a casar con esa cualquiera, que sea lejos de aquí». Por más que abuelita suplicó, nadie hizo reconsiderar su decisión. Con la mirada

de desprecio que jamás le había visto, Javi salió de casa y no volvió más.

Yo lo extrañaba mares. Meses después me llegó una invitación para su boda, pero mamá no me dejó ir. Papá Nicolás decía que no lo perdonaría por cambiar a su familia por esa mujer. «Se acordará de mí cuando se dé cuenta de que tenía razón y volverá para disculparse. Solo entonces veremos»... Los años pasaron, los rencores se esfumaron y empezó a buscarlo, extrañaba al «nene», pero nadie sabía dónde se había ido Javi, ni amigos, ni compañeros, nadie.

Hasta que papá Nicolás murió la semana pasada, dicen que de la tristeza de no ver a su hijo, yo creo que fue porque era demasiado viejito. En pleno entierro, un hombre con el rostro y los brazos requemados apareció. No quedaba nada del Javi joven, a pesar de ser el menor, parecía de más edad que todos sus hermanos. Lloró. Mi mamá y mis tíos lo abrazaron, finalmente la familia estaba reunida una vez más.

Supimos que la flamante esposa en realidad no conocía ni la frontera, que el tinte era más barato de lo que pensábamos y que, efectivamente, medía un metro y medio. Lo más triste fue la última revelación, Javi nos contó que la conoció precisamente en el lugar donde papá Nicolás estaba seguro de haberla visto. Se enamoró y pensó en sacarla de allí por todos los medios. Por orgullo, nunca le daría la razón a su padre. Aún no quiere decirnos dónde estuvo todo este tiempo, ni qué fue de ella, pero no importa, ahora yo también soy rubia, tengo ojos azules y no necesito tacos para ser alta.

